

Conciencia y Confianza

Viktor Von Weizsäcker. Patosofía. Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2005. Páginas 259-280.

Grupo de Estudio Filosofía del Dolor. Facultad de Filosofía. Universidad Javeriana. Profesor Luis Fernando Carmona. Relator. Jaime Jaramillo.

En este aparte del texto, el autor empieza por advertir que no puede comprobar la lógica de su afirmación, pero que por fuerza resulta evidente que muchos hombres no disfrutaban de vivir la vida en un estado consciente. No es que no quiera seguir viviendo, tan solo desean que la cuota de existencia consciente sea mínima, como si quisiéramos vivir sin experimentar nuestra vida, casi como eternos e insensibles durmientes, y por ello hay que desconfiar tanto de la filosofía del idealismo como del reinado de la razón. Ser un hombre sensible, históricamente se ha considerado como un valor negativo; por ende, queda postergado a ser insensible; pero ser un hombre ingenioso tampoco tiene mucho valor, y su actuar queda relegado a hechos de mayor importancia espiritual. Por lo tanto, se trata de una distribución equivocada, en la cual la naturaleza del hombre tiene que dormir en el cuerpo (leib). La pregunta es si este es un hecho deseado o indeseado. El enorme consumo de somníferos y los esfuerzos de la psicoterapia para mejorar el sueño indican que es una aspiración deseada.

Por ello, Von Weizsäcker considera interesante explorar la vida inconsciente. Empieza por considerar que es un contrasentido preguntarle algo a una cosa inconsciente o preguntarle a alguien consciente por su aspiración a la falta de conciencia; por ende, la palabra aspiración toma el sentido de dirección o tendencia, o como punto intermedio entre consciente y no-consciente. Entonces, hay que preguntarle al organismo, a cada célula que lo conforma, para que responda sin tomar en cuenta su propio estado de conciencia. Por ejemplo, preguntarle a un rábano, si bajo la tierra el tener la piel colorada rodeando un cuerpo blanco es más hermoso; pero belleza ¿Para quién? ¿Para sí mismo o para otro? No parece sensato suponer que el rábano se haya puesto colorado para alguien. Aunque el hombre si ha reflexionado sobre este punto y ha adquirido conocimientos sobre anatomía y fisiología ha obtenido un resultado lamentable, pues solo ha obtenido un “granito de verdad”. que suele ser irrelevante frente al “montón” de la realidad.

Por otra parte, se acepta que “los sueños, sueños son” y por ello no hacen parte de la realidad. El conocimiento científico sobre los sueños se limita apenas a la “mirada de soslayo” que aportó el psicoanálisis”, cuyo valor no pretende defender el autor, pero si desea llamar la atención sobre el pensamiento latente detras de

los sueños de contenido manifiesto ¿ es una imagen? ¿es el contenido de una imagen? o ¿es la referencia a un pensamiento?. El pensamiento se convierte en el verdadero ser (óntico), pues el pensamiento es lógico en sí mismo y es solo transmisible a través del lenguaje. Ese pensamiento piensa sobre lo onírico y su contenido latente, pero lo hace de una manera diferente al pensamiento consciente, pues sería un contrasentido hablar de un pensamiento inconsciente. Por lo tanto es injusto reprocharle al psicoanálisis de Freud su “ceguera ingenua” o su indiferencia frente a la realidad. Hay una “realidad psíquica”, que tiene el valor de verdad, y por ello parece haber una disociación irremediable entre la psicología y la filosofía; sería equivocado puede considerar a la psicología como una postura sobre el conocimiento carente de filosofía o como una postura espiritual positivista, pero la psicología llegó a través de los filósofos y sin ello no existiría la filosofía.

En la segunda parte del texto, Von Weizsäcker explora la cuestión de la confianza entre el médico y el paciente. Empieza por señalar que la actividad profesional conduce a un rol de autoridad, lo cual no tendría problema en actividades de la cátedra, de la administración o de la asistencia a un tribunal, pero en la relación con el paciente esa superioridad le dificulta conocer cómo piensa el enfermo y “resulta poco decente” mantener una situación que no esté basada en la reciprocidad, como sucede en las relaciones del amor, pues el pudor solo opera en una dirección. Entonces, el punto delicado de la relación radica en la confianza del paciente hacia el médico, lo cual no solo pone en el juego problemas sociales, políticos y científicos, sino también procesos íntimos del hombre de naturaleza afectiva. La desnudez afectiva y corporal es exigida sólo en una dirección, por lo que la confianza reemplaza reemplaza la reciprocidad; sin embargo, esto implica establecer una cantidad de reglas complejas, como el estado de necesidad o de peligro la postura de objetividad científica, la compensación comercial a través del pago y la regulación social.

La desproporción de relación médico-paciente requiere confianza por parte del enfermo y autoridad por parte del médico; y ambas deben estar vinculadas mediante una “unión saludable”; la “enternecedora esperanza” de que esa coincidencia desemboque en estados de conciencia es un pretender que los sueños se mantengan en un paraíso infantil; pero ocurre un desagradable despertar por la rotura de ese juguete. A manera de ejemplo, cita que los pacientes suelen comportarse frente al médico como un niño maleducado cuando hacen desaparecer en el inodoro los comprimidos formulados por el médico, pues al cometer esa travesura contra el médico desplazan el engaño contra su propia persona. Otro ejemplo es que los pacientes más pobres suelen pagar de inmediato los honorarios de la consulta, mientras que los industriales ricos se divierten difiriendo el pago de las cuentas, sin reconocer intereses por la mora, como una forma inconsciente de continuar ejerciendo su actividad capitalista y de manifestar su actitud defensiva frente a una situación de peligro.

El paciente no está atado al médico sólo por su confianza personal en quien lo ayuda, también en la confianza en el concepto impersonal, colectivo y abstracto de la medicina. Esto genera el problema de confiar en algo “precario” pero intocable. Cuando se reúnen en la misma habitación el médico y el paciente, surgen fuerzas de atracción y de rechazo que son similares a las simpatías y antipatías que acompañan a cualquier encuentro humano. El problema es que el primero está indignado por la alteración de su bienestar y el segundo espera eliminar ese trastorno, por lo que el concepto de salud se vuelve una “esfera vacía” una pálida idea incolora e inodora que solo puede ser definida negativamente y por ello la medicina se ha convertido en la “ciencia de los errores”, la clínica en un “taller de reparaciones”, la técnica en una “eliminación de los trastornos” y la meta del tratamiento en un estado ideal. Todo ello refuerza la preocupante idea del hombre moderno sobre lo insuficiente de la existencia.